

Domingo II (TO) – El Cordero de Dios

Continuando el tema del domingo pasado, la fiesta del Bautismo del Señor, el evangelio de hoy nos presenta a Juan dando testimonio de Jesús, sobre quien vio descender el Espíritu Santo, la señal divina de que Jesús es el Mesías. Por eso, Juan al ver venir a Jesús, exclama: “Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Son palabras muy conocidas para nosotros, porque se repiten en dos oportunidades durante la misa (en el Gloria y antes de la comunión), pero son también muy discutidas por los especialistas. ¿Qué significa exactamente “Cordero de Dios”?



Jacopo Tintoretto, *Bautismo de Cristo*, National Gallery (Londres), 1545-1550.

En el arameo (el idioma de Juan y de Jesús) la misma palabra que se utiliza para designar al cordero, puede significar también “hijo” o “siervo”. Y esta última posibilidad es muy sugestiva, porque el profeta Isaías caracteriza al Mesías, no como un personaje poderoso y triunfal, sino como el “Siervo de Dios” humilde, cuya actitud más profunda es la de obediencia a la voluntad de Dios. Isaías desarrolla esta visión en cuatro cánticos, denominados, “Cánticos del Siervo”. El primero ha sido la primera lectura del domingo del Bautismo del Señor, vinculando el gesto de Jesús con su obediencia al Padre.

El tercer y cuarto cántico –referidos al sufrimiento del Mesías– los escucharemos en Cuaresma. Hoy tenemos como primera lectura el segundo cántico de Isaías, en que Dios habla de su Siervo como aquél a quien eligió desde el seno materno para ser el salvador no sólo de Israel sino del mundo entero.

También el salmo de hoy (Salmo 39) está consagrado al tema de la obediencia. Dice el Salmista que Dios no a querido de él sacrificios ni ofrendas rituales, pero “le ha abierto el oído”, lo ha convertido en su discípulo, para que le ofrezca lo que llamaríamos un sacrificio “existencial”, es decir, su propia vida. Y el Salmista responde a ese reclamo con generosidad: “Aquí estoy Señor – como está escrito en mi libro (es decir, el libro de mi vida) – para hacer tu voluntad”. Y ello, no a la fuerza sino de todo corazón: “Dios mío, lo quiero y llevo tu ley en mis entrañas”.

Recordemos, a modo de ilustración, el comienzo de la misión de Jesús tal como la narra San Marcos. Jesús entra en casa de Pedro en Cafarnaúm y cura a su suegra. Cuando la noticia se difunde, todo el pueblo se agolpa en la puerta para pedir a Jesús que cure a sus enfermos. Jesús los atiende hasta la noche, pero muy de madrugada se levanta a orar. Está atribulado por la duda, ¿es ésta su misión, convertirse en un sanador, o su Padre le pide otra cosa? Y en la intimidad de la oración cae en la cuenta de que dejarse absorber por la demanda de la gente abandonando el anuncio del Reino de los Cielos hubiera sido traicionar la voluntad del Padre. Cuando lo reclaman para que continúe curando, Jesús se niega: “Vayamos a las aldeas vecinas para que predique también en ellas, porque para esto he venido”. Notemos que la obediencia a la voluntad de Dios no lo privó a Jesús de su

libertad, sino que lo hizo verdaderamente libre, frente a la situación, frente a sus impulsos espontáneos, frente a los reclamos de los demás y frente a la tentación del Demonio (usar su poder para este mundo).

Jesús nos señala así el camino para vencer no sólo nuestro pecado personal sino también el “pecado del mundo”, es decir, el clima impregnado de pecado de la sociedad y la cultura que nos rodean, que presiona fuertemente sobre nosotros inclinándonos a una vida mundana, alejada de Dios. El camino es ser “siervos” de Dios, obedientes a su voluntad.



Bartolomé Esteban Murillo – *San Juan Bautista niño con el cordero*, ca. 1665–1670.

Pero vivimos en una cultura individualista que no valora la obediencia: ¿por qué tengo que obedecer a alguien que no sea yo mismo? Es cierto que el llamado a la obediencia ha sido muchas veces abusivo. Sin embargo, aun desde el punto de vista humano, la obediencia es indispensable para que podamos madurar. Un niño que crece sin figuras de autoridad no será más libre, sino que será un esclavo de sus impulsos y caprichos, y se convertirá en un adulto inmaduro, siempre en conflicto con la autoridad. La madurez consiste en aceptar la obediencia, no la “obediencia debida”, ciega e infantil, sino la obediencia “en conciencia”, que puede ser hacia los padres, hacia las autoridades, pero también hacia las normas de convivencia o hacia las responsabilidades

y deberes del propio estado de vida.

Algo análogo debe decirse en el plano de la fe: el creyente debe vivir en una actitud de obediencia a la voluntad de Dios si quiere ser verdaderamente libre. En ese sentido, debe ser un siervo de Dios. Cuando tenemos que discernir la orientación de nuestra vida, no pensemos solo en la relación costo-beneficio, en nuestras preferencias espontáneas o en las expectativas de los demás. Pensemos, ante todo: ¿Cuál es la voluntad de Dios para mí? ¿Cuál es la misión para la cual Dios me llamó “desde el seno materno”? Es cierto que –ordinariamente al menos– no tendremos una respuesta directa de Dios a esta pregunta. Pero –aunque podamos cometer errores– es imposible que nos equivoquemos en la orientación general de nuestra vida, siempre que, con un corazón sincero, sepamos dirigirnos a Dios con las palabras del Salmo: “Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”.

Pbro. Gustavo Irrazábal